

FED.—A mi gusto, pues.—*(A la botella.)*—Tú roes las entrañas, destruyes el juicio y aniquilas la salud, ya lo sé; pero en un momento determinado tú eres fuerza y energía y valor. Ahora te necesito; ahora, bendita seas.—*(Bebe de un trago la copa entera. Riendo.)*—Bendi...—*(Bruscamente deja caer la copa y se lleva las dos manos a la garganta, dando gritos roncós.)*—¡¡Ah... ah...!!

MAR.—*(Al levantarse rápidamente, deja caer la silla.)*—¿Qué le pasa?

FED.—*(Sin poder hablar, aunque lo intenta.)*  
¡¡Ah... ah...!!

## ESCENA V

DICHOS: DOLORES, por la derecha.

DOL.—¡¡Fico... Fico...!! ¿Qué fué?

MAR.—Que se abrasó bebiendo.

DOL.—¿Qué quieres? ¿Qué traigo? ¿Aviso a un médico?

FED.—No... no...

*(Sin poder completar las palabras.)*

DOL.—¿Sufres mucho?

FED.—No... no...—*(Cuando el actor quiera.)*  
Ya calma... ya calma... Era fuego, era plomo de-

retido abrasándome la garganta...—*(Irguiéndose.)*—Pero es fuerza y es valor. ¡Bendito sea!

DOL.—¿No sabes que te hace muchísimo daño?

FED.—¿Qué importa...? Déjanos terminar nuestra conversación.

DOL.—¿Estás ya bien?

FED.—Sí, bien, muy bien. Déjanos.

DOL.—*(Cogiendo la botella.)*—¡Pero me la llevol

FED.—Llévala.

*(Mutis Dolores por la derecha.)*

## ESCENA VI

FEDERICO y el MARQUÉS

MAR.—Si quiere usted reposar un instante...

FED.—No, no. Vamos al final pronto, vamos.

MAR.—¿Por qué no accede usted a intentar esa reconciliación?

FED.—Porque volveríamos a caer en lo mismo.

MAR.—Si usted se propusiera formalmente...

FED.—No bastan mis propósitos. Usted sabe igual que yo la dificultad de entendernos... Es una santa, sí; es un ángel, sí; pero yo sé, y usted 'o sabe, que está enamorada de Daniel Palacios.

MAR.—No.

FED.—Sí, sí. Y él lo merece, que es muy leal, y muy honrado, y muy bueno. A mí me parece un poco aburrido y fastidioso, pero no es mi opinión la que ha de valer en este asunto.

MAR.—Le juro a usted que ignoraba por completo el que usted pudiera tener un motivo de queja contra...

FED.—No, no lo tengo. Se quieren desde niños, quizás no dejó de quererle ni aun casándose conmigo; pero como es una honradísima mujer, seguramente que no se lo confesó ni a ella misma.

MAR.—Lo creo también con la misma seguridad.

FED.—Eso, que no es nada concreto, nada material, porque no se ven ni se hablan jamás, pero que yo sé que existe, ha creado una sombra, una nube en nuestro hogar.

MAR.—Lo comprendo.

FED.—No es una disculpa en mí, no; ya le he dicho que soy un malvado... pero la sombra existe y jamás se pudo borrar. Al convencerme, busqué fuera de casa lo que en ella sería imposible obtener... y empezó la vida de los escándalos.

MAR.—Ya sé, ya sé...

FED.—He ido rodando de escalón en escalón: de un vicio fuí a otro: para librarme de una deuda le arranqué a golpes una firma a mi mujer y vendí sus bienes. Ella lo ha perdonado todo.

MAR.—Y vuelve hoy a perdonarlo.

FED.—Pero ya es hora de que esa infeliz tenga un poco de respiro y de tranquilidad.

MAR.—Lo que no acabo de explicarme es que usted, bueno e inteligente, haya podido ceder así a las malas tentaciones... Y creo que si usted se dominara llegaría muy pronto a ser un hombre muy estimable por todos conceptos.

FED.—Es al revés. No cometo malas acciones porque beba, sino que bebo porque las he cometido. Y a usted le someto el problema de mi conciencia. ¿Qué debo hacer?

MAR.—Corregirse... volver a su hogar arrepentido...

FED.—¿Y teniendo la firme persuasión de recaer en las mismas faltas y causar de nuevo los mismos vejámenes a esa infeliz...?

MAR.—Entonces...

FED.—¿Entonces? ¿Entonces qué?

MAR.—Lo mismo que usted piensa... y demostrar al fin que un caballero, caído y encenagado, aún sabe ser un caballero.

FED.—Lo demostraré.

MAR.—Pero antes pensar mucho si no es posible regenerarse cuando tan bondadosamente le facilitan el camino.

PED.—No es posible...

MAR.—(*Levantándose.*)—¿La última palabra?

FED.—¿Para mi mujer? Que me perdone... y que no lea mañana los periódicos.

MAR.—(*Dándole la mano.*)—Que Dios le guarde, Federico.

FED.—Falta hará, marqués.

MAR.—¡La mano!

FED.—No lo merezco...

MAR.—Soy yo quien lo ha de apreciar. La mano, señor conde de Valmoreda.

FED.—(*Estrechándose.*)—¡¡Gracias!!

MAR.—¡Y piénselo usted mucho antes de ir a una locura irreparable!

FED.—Ya está, ya está...

MAR.—Usted lo ha de ver.

(*Reverencia y mutis por el foro.*)

FED.—(*Queda un momento absorto y al des-  
periar echa mano a la botella; no encontrándola,  
sonríe.*)—No hace falta, que ya está resuelto,

irrevocablemente resuelto, y hoy mismo ha de ser. Dolores... Dolores.

(*Llamando.*)

## ESCENA VII

FEDERICO y DOLORES, por la derecha.

DOL.—¿Marchó?... ¿No habláis cosa de disgusto?

FED.—(*Risueño.*)—Al contrario.

DOL.—Más vale.

FED.—Quedé muy satisfecho. Aprobó mi conducta.

DOL.—Lo importante es que hayas quedado tú contento.

FED.—Mucho, mucho. ¿Qué había en mi alma? ¿Sombras? Pues ya se desvanecieron. ¿Qué había en mi espíritu? ¿Tinieblas? Pues se alzaron. Y ahora veo el sol, veo la luz, las cosas y los sentimientos, y el problema mismo de la Humanidad con una lucidez tan diáfana, que yo te resolvería inmediatamente todas las cuestiones de la vida y todas las dudas respecto de la muerte como si dentro de mí habitaran ángeles y doctores que hubieran venido de la Eternidad exclusivamente para contestarte cuando tú me preguntaras.

DOL.—No te comprendo, Fico... ¡Di que me quieres!

FED.—Ese es el problema de la mujer. ¿Quieren? Ya está todo. ¿No quieren? Pues no hay nada. Y el mundo y los espacios, la tierra y los cielos se condensan en eso... querer o no querer.

DOL.—Sin problemas, Fico... ¿Me quieres?

(Abrazándolo.)

FED.—Cuando estamos a distancia, no lo sé; cuando siento tus brazos, sí te quiero, te adoro.

DOL.—¿Entonces ahora?...

### ESCENA VIII

DI CHOS: ENRIQUETA, por la izquierda y permanece inmóvil.

FED.—Ahora me parece que no hay nadie más que tú en el mundo y que eres tú sola... (Viendo a Enriqueta.) Tú so... (A Dolores en voz baja.) Vete... Vete.

(Mutis Dolores por la derecha.)

ENR.—Aguardaba en un coche el resultado de tu conversación con el marqués... ¡y no he vacilado en subir, porque es menester que hablemos, Federico, es menester!

FED.—Siento que me hayas encontrado con...

ENR.—¿Con quién?

FED.—Con esa mujer...

ENR.—No la he visto...

FED.—(Disculpándose.)—Enriqueta...

ENR.—Federico, no quiero que acabe tu vida ni que tu alma se condene por el pecado mortal... y vengo a suplicarte que vuelvas a nuestra casa. Lo perdono todo, lo olvido todo... y como indudablemente yo debo tener una gran parte de culpa en tus extravíos, te ruego que también me perdones tú.

FED.—[Eres una santa!

ENR.—No sé lo que soy...; pero mi deber exige que te vuelva a buscar... y que te busque siempre por pequeña que sea la esperanza de que respondas a mi llamamiento.

FED.—Imposible desgraciadamente...

ENR.—Piénsalo más... Hemos ligado nuestra vida a perpetuidad, no podemos desligarla, que eso ya no está hoy en manos de los hombres...; no podemos buscar otro rumbo sin caer en pecado y en oprobio...; y lo único, sensato... o insensato, pero lo único, es llevar juntos y a medias el peso que nos echamos encima voluntariamente.

FED.—Tú misma reconoces que sería insensato...

ENR.—Dame otra solución, otra, cualquiera... y la acepto. ¿No la hay? Pues entonces seguiremos con ésta.

FED.—Tú, que tienes el alma grande y generosa, la puedes admitir; yo, que tengo el alma salvaje, no me resigno. Lo he procurado muchas veces, muchas, y otras tantas he reincidido. Son demasiadas pruebas; no quiero una más.

ENR.—Piénsalo, Federico.

FED.—Es inútil. Yo no me conformo a que seas la más desgraciada de las mujeres mereciendo ser la más dichosa, y como la causa está en mí, yo soy el obligado a resolverlo. ¡Y lo resolveré!

ENR.—Si tan buena te parezco... ¿por qué no puedes vivir conmigo? ¿Soy yo la que te hago la casa aborrecible?

FED.—(Después de mirarla con fijeza.)—¿Me quieres, Enriqueta?

ENR.—(Sorprendida.)—¿Que si te quiero? Sí...

FED.—¿Apasionadamente?

ENR.—Después de tanta ofensa, de tanto agravio y de tanto perjuicio como me llevas

causado... ¿aún pretendes que te adore? ¡No, eso no puede ser! ¡Tú no has deseado que lo fueral

FED.—Pues eso es precisamente lo que hay entre nosotros de irremediable. Me quieres porque es tu deber; vives conmigo, porque es tu deber; me llamas y me buscas, porque es tu deber... ¡y a mí me pone frenético que me busques, que me llames y que me quieras nada más que en cumplimiento de tus deberes!

ENR.—Y tú... ¿Sientes adoración por mí?

FED.—Te respeto profundamente; admiro tus virtudes, tu honradez y tu paciencia...: pero no te adoro tampoco. Es verdad. Para inspirar amor no basta la virtud... y a veces sobra.

ENR.—¡Federico!

FED.—¿Y con este mutuo convencimiento ir a la reconciliación? Es admirable que tú la propongas; pero sería un solemnisimo disparate que yo la admitiera.

ENR.—¿No podremos vivir en paz, siquiera en paz?

FED.—No. Por eso me niego.

ENR.—¡Pero tú eres el que infiernas nuestra vida!

FED.—Sí. Por eso me mato.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. D. N. L.

ENR.—¡No, Federico, no! ¡Vuelve conmigo!  
Yo procuraré quererte; yo procuraré adorarte,  
Federico!

FED.—Eso no se procura...

ENR.—Intentémoslo a ver...

FED.—¿Cuántas veces me lo propuse? ¿Ocho,  
diez, veinte...? ¿Cuántas? Y no lo conseguimos  
jamás.

ENR.—Te lo ruego...

FED.—No.

ENR.—Sí, Federico, sí...

FED.—No.

ENR.—Pues que nó sea, no, ya que ni siquie-  
ra lo valgo.

FED.—No digas eso.

ENR.—¿Que no lo diga? En muy poco me de-  
bes estimar tú cuando permites que te suplique  
tanto, ¡y en menos aún me debo estimar yo a mí  
misma cuando no he vacilado en buscarte, y  
cuando al entrar no he caído redonda de ira y de  
vergüenzal

FED.—(Humilde.)—Reconozco que tienes ra-  
zón.

ENR.—Soy yo quien reconozco que tengo  
merecido lo que me pasa. No existiendo hijos—  
¡y alabado sea Dios mil veces por ese favor

enorme!—¿Qué defendiendo yo con tanto ahinco?  
¿El amor? No: tú lo has destrozado. ¿La esti-  
mación? No: tú la has perdido. ¿La fortuna? No:  
tú la derrochastes... Y entonces, ¿qué defendiendo  
yo? ¿La paz y el sosiego? ¡Pues más sosiego  
tendré cuando desaparezcas! Hazlo, hazlo..

FED.—Seguramente...

ENR.—Seguramente, no; que ya conozco de  
viejo esa amenaza y te voy perdiendo miedo.

FED.—Ahora verás si vuelvo o no...

ENR.—Ahora lo veré. ¿No es posible la vida  
mía contigo, verdad?

FED.—No.

ENR.—Pues sin tí. Que yo también tengo de-  
recho a vivir, y ya es hora, después de once años  
de martirio, de que pase un día tranquila, sin un  
espanto, sin un oprobio... y sin un golpe... ¡que  
también eso he recibido!

FED.—Tienes razón en todo, en todo...

ENR.—Por última vez, Federico, y con toda  
mi alma. ¡Vuelve a casa!

FED.—No puede ser...

ENR.—¡Perdono...! ¡Olvido! Lealmente perdo-  
no... lealmente olvido. ¡Vuelve a casa Federico!

FED.—No puede ser, me aguarda la muerte...

ENR.—¡No seas bellaco! ¡Quien te aguarda es

una mujerzuela! Y otra sería yo si por tí esperara un minuto más.

(Mutis.)

### ESCENA IX

FEDERICO, DOLORIS por la derecha

FED.—Tiene razón en todo... ¡Y en no creerme, tiene razón! Tantas veces he dicho que desaparecería... tantas he jurado que me mataba... que ya no me cree nadie. Tienen razón todos. ¡Pero ahora la tendré yo...! (Busca la botella.)  
 ¡¡Dolores!!... ¡¡Dolores!!... ¡¡Dolores!!...

DOL.—¿Qué pasa?

FED.—¡¡Dame la ginebrall

DOL.—No.

FED.—¡¡¡Dame la ginebralll

DOL.—Que no.

FED.—(Amenazando.)—¡¡Dolores!! ¡¡Dolores!!

DOL.—(Echándose en sus brazos.)—¡Cálmate Fico del alma, cálmate! ¿Tú estás enfermo, verdad?

FED.—No...

DOL.—¿Tienes fiebre?

FED.—No.

DOL.—Si tienes fiebre, sí... y el pulso te brinca como si fueran a saltar las venas...

FED.—Pues no es de calentura ni de enfermedad. Es el alcohol, impetuoso y avasallador, que me tiene ahora en clara vigilia para que disfrute más tiempo del poco tiempo que me queda.

DOL.—No digas simplezas, Fico...

FED.—Una gran verdad te estoy diciendo. El que duerme mucho, muere muchas veces, que cada sueño es una muerte pequeña. En cambio el que bebe, a un tiempo y a la par está viviendo dos vidas, y yo voy ahora desquitándome por anticipado de la perezosa quietud que ya me aguarda.

DOL.—(Echándose a abrazarle.)—¿Para qué dices esas cosas, Fico? ¿No comprendes que sufro yo?

FED.—Será el último sufrimiento por mi causa.

DOL.—Pero tú ¿por qué aborreces la vida?

FED.—Si yo no la aborrezco.

DOL.—Entonces ¿por qué te quieres matar?

FED.—Si no quiero matarme. Yo idolatro la vida, como la idolatran todos. ¡Todos, todos! Lo que no quiero, como no lo quieren nadie, es la vida de odios, de miserias y de sufrimientos. No, esa

vida no la quiero, y esa vida es la que me qu  
sin pena ninguna.

DOL.—¿Y no sería más cuerdo que dejaras lo malo y siguieras buscando lo bueno?

FED.—¿Y dónde? Yo no debo volver a mi casa.

DOL.—Pues no vuelvas.

FED.—Me juré a mí mismo que no seré jamás un estorbo para esa infeliz.

DOL.—¡Pues no lo seas! Apártate de la vida de ella... pero no te prives de la tuya!

FED.—Con apartarme no tranquilizo su conciencia. Seguirá buscándome... y buscándome... y pendiente siempre de mi conciencia. No. Es preciso morir.

DOL.—Pues muere para ella, nada más.

FED.—¿Qué locura dices?

DOL.—¿Te importa mucho ser el conde de Valmoreda?

FED.—Nada.

DOL.—¿Tienes escritas las cartas de suicidio?

FED.—Aquí están.

DOL.—Guárdalas.

FED.—¿Qué dices?

DOL.—¡Guárdalas, guárdalas, hombre! Ve luego a la orilla del mar, y a la orilla deja tus

ropas. Dentro de algunos días aparecerá algún desdichado de los que con tanta frecuencia ahogan así todas sus penas, hinchado y negro por el agua, comido de los peces y desfigurado horrorosamente. †

FED.—¡Dolores!

DOL.—Ese será el conde de Valmoreda.

FED.—No, Dolores...

DOL.—Tú vendrás con nosotros, cambiarás tu nombre, como cambiarás tus ropas, y lejos de aquí puedes buscar tu felicidad sin que estorbes la de nadie.

FED.—¡Pero eso es mentir y engañar!

DOL.—¿Y reparas en una mentira cuando se trata de salvarte la vida?

FED.—No, no...

DOL.—No tendrás dueño y tendrás una esclava...

FED.—No, no...

DOL.—Fico, ¿no me quieres?—(Echándose en sus brazos.)—¿No me quieres, Fico?

FED.—Sí te quiero, sí.

DOL.—Pues ven, ven. Y si no vienes, es igual, que yo no te dejo a tí jamás, jamás, jamás.

FED.—¿Pero no comprendes que para tí misma voy a ser un estorbo, que no sirvo de nada ni valgo para nada?

32840



DOL.—Valdrás, valdrás, que todos valemos para algo en este mundo, y sometiéndote de buen grado, ya verás cómo padre te enseña algún oficio de los del Circo.

FED.—Soy muy torpe.

DOL.—La fusta espabila mucho. Verás como sirves.

FED.—Para llevar latigazos, sí, yo creo que serviré.

DOL.—Y si no eres un equilibrista, serás un clown.

FED.—Eso ya lo soy. Todo el que hace un balance sincero de su vida, se encuentra en ella con muchas payasadas.

DOL.—Anda, ven...

FED.—No...

DOL.—Ven. Y a cambio de este pequeño sacrificio, nada más que dejar un nombre y ponerte un traje, vas a tener el amor, vas a tener la libertad, la independencia, y cuando veas que te bastas a tí mismo, que eres útil y que eres algo, vas a tener orgullo de tí y de tu nueva vida.

FED.—Quizás... Pero echaré de menos siempre muchas cosas antiguas.

DOL.—¿Lo ibas a dejar todo y ahora regateas el dejar un poco?

FED.—No, no...

DOL.—¡Ven, Fico; ven conmigo! Y si tampoco a mi lado eres dichoso... ¡siempre estás a tiempo de lanzarte a esa última locura de morir!

FED.—Tienes razón.

DOL.—Y ven contento. Disfrutemos de la vida nueva que empieza ahora para nosotros.

FED.—Voy, voy... Pero si vieras qué avergonzado voy...

DOL.—¿Avergonzado de qué?

FED.—De todo. De lo que dejo, de lo que busco, de tí, de mí..., de todo..., de todo; pero, más que de nada, estoy avergonzado de la vida.

DOL.—Y eso es lo más hermoso que hay... ¡Vamos!

FED.—Vámonos, sí... ¡que ya me tarda el recibir mi parte de latigazos!

DOL.—(Llevándosele.)—Seremos tan dichosos, tan dichosos...

FED.—¡Vamos a buscar la felicidad, vamos! Y si no la encuentro...

DOL.—¡La encontrarás!

FED.—Es muy posible... Los más felices no son los que ya lograron la felicidad soñada, sino los

que andan buscándola todavía... ¡Vamos nosotros a buscarla, vamos!

(Mutis.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Una taberna, de noche, en Junio y en Madrid.

ESCENA PRIMERA

AMPARO, MARCOS: luego el AGENTE

AGENTE.—Buenas noches.

MAR.—Muy buenas.—(Viendo la medalla que el Agente le enseña.)—¿De la ronda? Pues usted dirá...

AGENTE.—¿Viene por aquí un hombre moreno, de unos treinta y tantos años y de mala cara...?

MAR.—Vienen muchos de mala cara. Como no dan a elegir, cada uno trae la suya... y gracias.

AGENTE.—Con un lunar detrás de la oreja.

MAR.—La verdad... yo no ando mucho detrás de las orejas de los parroquianos.

AGENTE.—Veo que tiene usted flaca memoria.

MAR.—Regular nada más.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. D. N. L.